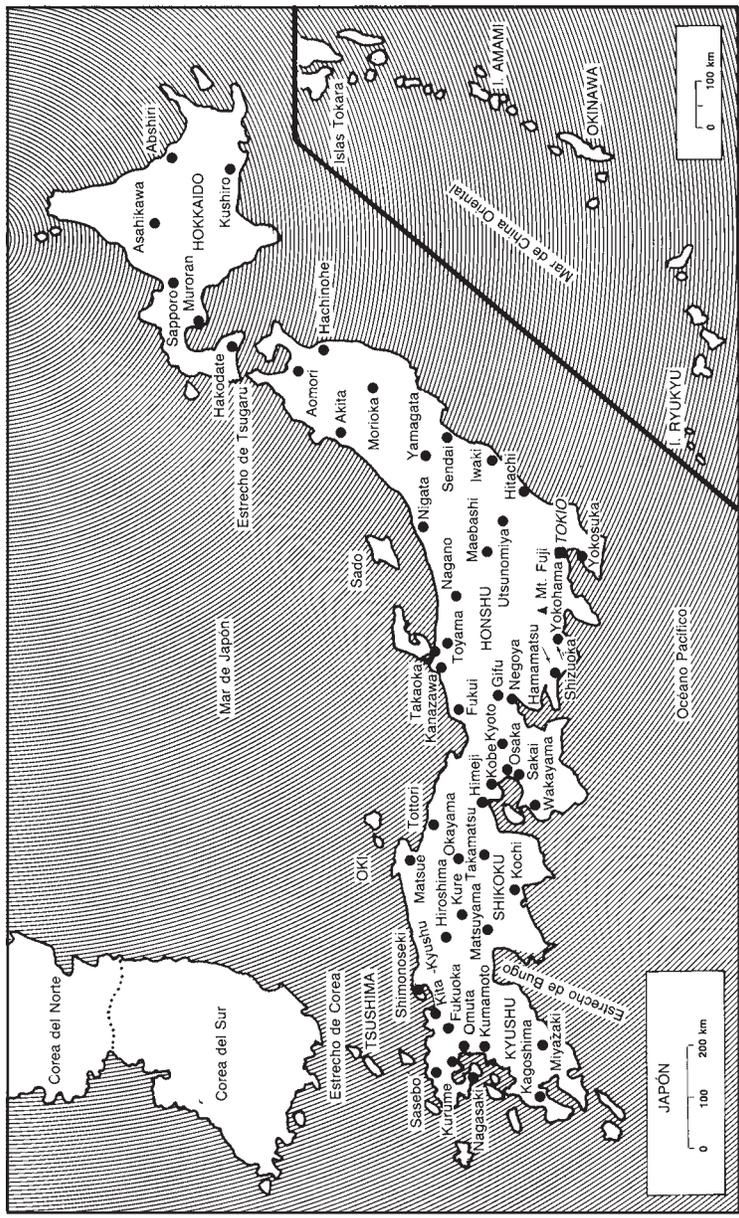




JAPÓN







EL JAPÓN DE 2004: ¿UNA LUZ AL FINAL DEL LARGO TÚNEL?

J. DANIEL TOLEDO B.
UAM-Iztapalapa

LA IMPRONTA DE LA RECESIÓN PROLONGADA

Como se recordará, la economía japonesa pareció, una vez más, tocar fondo a fines del ciclo primaveral de 2002. La espiral deflacionaria llevó los principales indicadores económicos del país a niveles más bajos que los registrados en el transcurso de la crisis financiera de octubre de 1998, vinculada directamente con los efectos mediatos de la llamada crisis asiática, o los de la crisis de marzo de 2001, como consecuencia inmediata de los ataques terroristas a Estados Unidos que conmocionaron al mundo. En efecto, las dimensiones de dicha recesión sólo resultaron comparables con las de la explosión de la economía de burbuja de la segunda mitad de 1990, que sumió al Japón en esta ya larga, prolongadísima recesión, no siempre reconocida ni mucho menos superada por su gobierno. Las dificultades económicas, las incertidumbres, la ineficacia de los paquetes de rescate y relanzamiento económico-financiero, el impulso de las reformas estructurales “sin las vacas sagradas”, los intentos de superación de “la trampa de la liquidez”, etc., a lo largo de estos ya casi 13 años de duración, algo ya inconcebible en la historia económica contemporánea del Japón, han hecho transitar a la otrora “locomotora asiática” a una exasperante falta de velocidad y entrar a un larguísimo túnel plagado de obstáculos como la inhibición de la inversión y la drástica caída del consumo doméstico, el abrupto desplome del valor de los bonos nacionales, una constante revaloración del yen que atenta contra la competitividad del producto japonés en el mundo; una alarmante

tasa de desempleo que se acerca a 6%, algo también absolutamente inédito para el Japón contemporáneo, pero sobre todo por la persistencia de un obstáculo mayor: un sistema bancario japonés obsoleto y en estado comatoso, pero que se niega a morir, y que en lo interno no sólo impide “limpiar la casa” para facilitar medidas fiscales y financieras propiciatorias para la reactivación económica, sino que en lo externo no ha podido evitar las reiteradas presiones estadounidenses para la aplicación de medidas drásticas en torno a la solución de los préstamos bancarios incobrables, condición estimada ya como indispensable para seguir siendo un aliado económico confiable para Estados Unidos.

Frente a este negro panorama poco pudo hacer la publicación del llamado “Documento blanco”, es decir, la difusión del informe sobre el estado de las finanzas y la economía del país, de noviembre de 2002, que llamaba a persistir en las reformas estructurales como única estrategia no sólo para lograr la reanimación de la economía, sino también para recuperar la confianza interna y externa en el gobierno japonés. En esa misma línea habría que leer el discurso político pronunciado por Junichiro Koizumi al cierre del año 2002, en donde el primer ministro llamaba a no perder de vista que el “Programa de reformas estructurales” todavía estaba a la mitad y que sus verdaderos resultados sólo podrían empezar a observarse en el transcurso de 2003, pero sobre todo en 2004, cuando se podría apreciar el avance hacia un crecimiento económico más estable, sostenido y duradero, iniciando con ello el principio del fin de todos los males de los japoneses, cual es la salida de la economía japonesa del enorme bache en que se ha encontrado en los últimos 13 años.

Por supuesto que el optimismo de Koizumi contrasta con las severas críticas que provoca la hasta ahora falta de efectividad de su gestión económica, tanto por parte de la oposición política, encabezada por el Partido Democrático del Japón (PDJ), como de parte de su propio partido, el Partido Liberal Demócrata (PLD), que no sólo mina seriamente su popularidad por el derrumbe de las expectativas creadas a partir de abril de 2001, cuando asumió el cargo de primer ministro en medio de un gran apoyo político y un inusual respaldo popular, sino sobre todo ponen en serios predicamentos la continuidad de su gobierno en el transcurso de 2003, cuando se renueve la presidencia del PLD en el mes de septiembre, y sobre todo cuando se realicen las elecciones parlamentarias de noviembre del mismo año, en las que se renovarán las 480 curules de la Cámara de Diputados, donde es fundamental conquistar la mayoría para garantizar la continuidad del proyecto Koizumi. Así pues, los au-

guros para 2003 no resultan del todo halagüeños ni prometedores para el futuro del primer ministro.¹

PARA GRANDES MALES, GRANDES REMEDIOS

No cabe duda, la tarea a la que se ha comprometido el gobierno de Koizumi es monumental, ya que la crisis sistémica por la que atraviesa Japón no es cosa menor ni problema de coyuntura. Estos largos 13 últimos años han dejado manifiestas las enormes dificultades del “modelo japonés” para adaptarse a un nuevo contexto mundial mucho más abierto, flexible y competitivo, muy distante ya de aquel de mediados del siglo pasado para el cual fue pragmáticamente diseñado; un modelo que también debe contender con los grandes cambios y transformaciones experimentados en el interior de la propia sociedad japonesa, ubicada hoy en un estadio muy distante de las condiciones socioeconómicas predominantes en la mediata posguerra; es decir, hace ya medio siglo. De allí que hablar de “reformas estructurales” por parte del primer ministro japonés no sea pura retórica política, sino un compromiso realmente serio y vital para el Japón del siglo XXI.

En efecto, el gobierno de Koizumi no sólo ha heredado una década de descalabros económicos y financieros, sino que también debe hacerse cargo de la ineficacia de las políticas públicas aplicadas por los gobiernos precedentes,² que no han logrado dinamizar ni mucho menos sanear y reestructurar el sistema bancario, inhibiendo con ello el crecimiento económico, descartando la posibilidad de una mejoría rápida de las condiciones económicas y sociales para todo el Japón. Más aún, en el transcurso de la década de los noventa han ocurrido tres crisis recesivas dentro de la crisis generalizada y con ellas se han agravado los padecimientos de la economía japonesa. En definitiva, las políticas macroeconómicas convencionales han fracasado y el margen de maniobra del gobierno se ha ido reduciendo de manera dramática. No hay, pues, otra alternativa que acelerar y profundizar las reformas y actuar con mayor firmeza en la reestructuración del modelo japonés. De allí que la oferta del paquete de “reformas estructurales” se haya convertido en el

¹ Véase Alfredo Román Zavala, “Japón en 2002”, *Asia Pacífico 2003*, México, El Colegio de México, pp. 203-225.

² Véase J. Daniel Toledo B., “El Japón del siglo XXI: las múltiples dimensiones de la recesión prolongada”, *Asia Pacífico 2002*, México, El Colegio de México, pp. 175-199.

principal activo político del gobierno de Koizumi, no obstante que los plazos para mostrar resultados concretos se acorten y el peso de la tradición retarde el advenimiento de los cambios largamente esperados tanto por la sociedad japonesa como por la comunidad internacional, dado que Japón es un motor vital de la economía global.

No cabe duda de que una de las principales dificultades de Japón ha consistido en deshacerse del antiguo esquema financiero, lo cual le ha costado ya largos 13 años debido en parte a que sus mecanismos microeconómicos están profundamente arraigados a las modalidades de funcionamiento de la esfera financiera tradicional o típica del modelo de desarrollo japonés, difíciles de erradicar; por ejemplo la modalidad operativa del *keiretsu*, sustentado en la lealtad corporativa, la autarquía financiera y la continuidad estabilidad en sus estrategias económico-comerciales, cada vez menos compatibles con las modalidades de funcionamiento del sistema financiero internacional. Otro ejemplo ilustrativo es la casi ancestral confianza que los japoneses han depositado en los bancos, los cuales, a pesar de sus enormes dificultades operativas, siguen siendo considerados entre los intermediarios financieros más poderosos y confiables para el japonés promedio, frente a su gran desconfianza en la bolsa de valores y cualquier otro nuevo intermediario financiero. En esta misma línea referencial quizá sea el Sistema de Ahorro Postal (SAP) el que mejor refleje no sólo el drama del financiamiento del Japón de hoy, sino que ilustra cabalmente el dilema entre tradición y modernidad que, de alguna manera, preside los cambios que se intenta aplicar actualmente en el sistema financiero.

Instituido como un sistema de ahorro y seguros prácticamente nacional, pues se distribuye y funciona a través de las oficinas de correo de todo el país, dominado y regulado por el Estado, el SAP concentra unos 365 billones de yenes, “es decir, una cuarta parte de los activos financieros de las familias japonesas y 40% de sus contratos de seguros”,³ lo cual lo hace un enorme aparato financiero, sustentado en la capacidad de ahorro de millones de japoneses a lo largo de todo el país, mismos que lo consideran el instrumento financiero y de ahorro más seguro, más confiable que todos los demás, y se muestran, por tanto, muy poco dispuestos a cambiarlo por un sistema financiero “liberal de mercado” que, por más atractivo que parezca o les sea pre-

³ Véase Genevieve Marchini, “El sistema financiero japonés: de la liberación a la crisis, 1970-2002”, *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, núm. 18, Departamento de Estudios del Pacífico, U. de G., enero-abril 2003, pp. 59-86.

sentado, no les garantiza la seguridad de aquel. Pero más allá de las dimensiones y adhesiones personales que concita el SAP, es un factor “clave para el financiamiento público, pues realiza compras masivas de bonos del gobierno central y regional, de allí su importancia política” no sólo como fuente de financiamiento de la obra pública, uno de los motores de activación de la recuperación económica, sino como activo político, pues cada uno de los ahorrantes representa “un capital electoral” que el partido de gobierno, siempre muy interesado en la conjunción del “poder económico, más poder político”, está muy poco dispuesto a perder; por tanto, también poco dispuesto a cambiar, sumándose con ello y con la lógica del “sin querer, queriendo” a esa gran capacidad de resistencia, desplegada hasta ahora, para oponerse a cualquier reforma que se proponga sustituir al SAP.

Todo lo anterior ilustra, por un lado y de una manera ejemplar, la resistencia e impermeabilidad a los cambios de prácticas e instituciones tradicionales que resultan indispensables para la reactivación económica, como el caso concreto del SAP, que hasta ahora ha dificultado, limitado y retrasado la adopción de un nuevo tipo integral de sistema financiero acorde con el Japón de estos días y, por el otro lado, explica la naturaleza, urgencia y alcance del paquete de reformas estructurales de Koizumi, quien ha decidido la privatización del servicio postal japonés de acuerdo con una calendarización que culminaría en marzo de 2007, medida drástica e inusual para el estilo japonés que no entraña la desaparición del SAP, pero sí su necesaria modernización y tránsito a una nueva entidad que ya se empieza a denominar “Japan Post”. Según el primer ministro Koizumi, el establecimiento del “Japan Post” no sólo permitiría encontrar “una vía adecuada para la privatización a partir de la que los fondos actualmente destinados a los ahorros postales y los seguros de vida puedan ser empleados en la vigorización de los futuros servicios postales privados”, sino que también favorecería la organización de “un sistema a través del cual sería posible ingresar fondos públicos para utilizarlos en la revitalización del sector privado”, vigorizando así a la economía nacional como un todo.⁴

Cuando se argumenta que dicha reforma no entraña la desaparición del SAP, sino su necesaria reconversión en un instrumento financiero más flexible, eficaz y diversificado, e incluso más rentable, se insiste en que las nuevas modalidades de funcionamiento reforzarán “a la institución frente a sus competidores, los grandes bancos, pues perdería pocas de sus actuales ven-

⁴ *Yomiuri Shimbun*, 14 de julio de 2003.

tajas y ganaría oportunidad de entrar en otros mercados, como los fondos de inversión y los productos hipotecarios”,⁵ al tiempo de obtener autonomía en su gestión y orientar su acción hacia la consecución de objetivos más comerciales, como incrementar la rentabilidad, y por ende los beneficios para los ahorradores. No obstante estas expectativas, un buen número de japoneses continúa desconfiando de “los cantos de sirena” del sistema financiero liberal de mercado y se aferra a sus “mitos” del siglo pasado, por lo que la esfera financiera japonesa sigue en transición. En estas circunstancias el “Japan Post” representa una cirugía mayor y puede marcar la diferencia.

Ahora bien, una de las hipótesis que hemos manejado para explicar la inusual duración de la crisis japonesa (1990-2004) ha sido la gran dificultad del “modelo japonés” para articularse adecuadamente a un mercado mundial mucho más abierto, flexible y competitivo, lo cual plantea, al menos, una doble tarea para el gobierno japonés: por un lado desarrollar un enorme esfuerzo no sólo para mantener, sino incrementar la competitividad japonesa en dicho mercado, que no pasa solamente por la superación de la “Endaka”, es decir, el alto valor del yen; y por el otro la búsqueda de nuevos acuerdos y mecanismos internacionales que favorezcan una mejor inserción al mercado global, aprovechando las ventajas comparativas y sumándose con éxito a la nueva tendencia mundial de los tratados de libre comercio. Examinaremos ambos desafíos por separado.

EL DRAMA DE LA COMPETITIVIDAD

En cuanto al tópico de la competitividad debemos recordar que la japonesa es ya una economía madura y consolidada, ni más ni menos que la segunda potencia económica industrial del mundo, con activos del orden de los 180 trillones de yenes y con una economía del tamaño de los 530 trillones de yenes; es decir, un poco más de 40% de la de Estados Unidos, pero que por más de una década no ha podido crecer más allá de 1% promedio anual, e incluso ha presentado años de decremento como 1998, lo cual, exceptuando 1974, es algo completamente inusual para el Japón de la posguerra. Peor aún, junto a este magro desempeño económico un reporte reciente del *World Competitiveness Year-book* nos informa que Japón descendió del primer lugar conquistado en el periodo 1989-1993, al vigésimo

⁵ Genevieve Marchini, *op. cit.*, pp. 59-86.

sexto lugar en el año 2000, en cuanto a los niveles de competitividad internacional.⁶

Independientemente del efecto emocional que estas noticias provocan en el estado de ánimo de los japoneses, lo verdaderamente preocupante es el impacto real de tal caída en una economía orientada fundamentalmente a la exportación, para cuya viabilidad la competitividad es un factor clave. De allí que el gobierno reconozca como prioritario que, dentro del conjunto de las acciones encaminadas a estimular la demanda, se promueva una utilización más racional de todos los recursos disponibles y se eliminen los sectores inefectivos que afectan la competitividad; asimismo el propio gobierno debe reducir su tamaño en cuanto al gasto público: algunas empresas paraestatales ineficientes deben desaparecer y otras disminuir su tamaño; los bancos deben luchar como nunca antes contra la rémora de las carteras vencidas; se deben reducir la tramitología y la burocratización en el mundo de los negocios; se debe avanzar en la privatización, reestructuración y liberalización de los sectores financiero, agrícola, de transporte y de distribución eliminando los onerosos intermediarismos; se debe afrontar sin demora ni temor social alguno la reestructuración del sistema de relaciones industriales para hacerlo más acorde a las características socioculturales actuales de la población japonesa; se debe hacer un gran esfuerzo por bajar los costos de producción, ofreciendo infraestructura, insumos y servicios de calidad; se debe crear una cultura de negocios que no tema los riesgos y que apueste por los cambios e innovaciones, etc., por sólo nombrar algunas de las acciones que directa e indirectamente inciden en la recuperación de la competitividad. Ahora bien, dentro de todo este espectro de tareas y acciones el propio gobierno ha reservado un lugar muy destacado a la promoción de la innovación científica y tecnológica, pues la considera un factor clave que no sólo incide directamente en la competitividad, sino que asegura por esta vía la continuidad del desarrollo económico.

Si bien se ha reconocido que la economía japonesa es ya madura, esto no significa que Japón deba seguir siendo sólo un país productor de acero, coches y equipos electrónicos, por hablar de los sectores más exitosos en la era del “milagro económico”, sino un país que requiere industrias de alta tecnología orientadas básicamente hacia una economía de servicios y hacia

⁶ Referido por Melba Falck R., “La economía japonesa de los noventa: problemas estructurales y reforma gradual”, *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, núm. 18, enero-abril de 2003, U. de G., p. 55.

la promoción de sectores estratégicos para el desarrollo del país en el siglo XXI, como las llamadas ciencias de la vida o biotecnología, el mundo de la informática y la comunicación, el desarrollo y prevención del medio ambiente, la nanotecnología, y el desarrollo de nuevos materiales estructurales. En otras palabras, se requiere elevar la productividad de los factores económicos por medio de la innovación científico-tecnológica constante, el desarrollo de nuevas modalidades organizacionales y la promoción de las áreas estratégicas ya mencionadas, como la única manera de recuperar la competitividad, generar demandas duraderas y salir del largo túnel de la recesión económica.

Pero no se trata sólo de un catálogo de buenas intenciones ni de promesas políticas propias de la coyuntura electoral; el gobierno puede mostrar ya algunos resultados de la aplicación de dichas medidas que conoceremos un poco más adelante, pero lo que verdaderamente interesa subrayar aquí es que ya se cuenta con una plataforma básica para garantizar la viabilidad de las reformas. En efecto, el gasto total acumulado en ciencia y tecnología en Japón en 2003 fue de unos 16 000 trillones de yenes, lo que representó 3.2% del PIB, la tasa más alta dentro de los países más avanzados; por ejemplo, en Estados Unidos se destinó 2.7%, en Alemania 2.5%, en Francia 2.1% y en Inglaterra 1.9%. Por otro lado, si bien el gasto total del gobierno se redujo 2.1% en los últimos dos años (2001-2002) como parte del programa de racionalización económico-administrativo, los recursos destinados a ciencia y tecnología aumentaron 3.5%, y los destinados a las áreas estratégicas ya mencionadas se incrementaron 8.2%.⁷ La apuesta por el desarrollo científico tecnológico como base para la construcción de Japón del siglo XXI es evidente.

LOS TLC: ¿UN NUEVO CAMINO PARA SUPERAR LA CRISIS?

La decisión de Japón de unirse a la tendencia mundial de integración de bloques económico-comerciales mediante la firma de acuerdos o tratados de libre comercio representa una estrategia innovadora en su política exterior, cuya motivación original, ni duda cabe, está en la búsqueda y generación de condiciones favorables a la aplicación del paquete de reformas estructurales

⁷ Noriteru Fukushima, "El reto de Japón en la perspectiva de Asia Pacífico", conferencia en el Senado de la República, Semana de Japón, México, 7 de octubre de 2003.

impulsadas por el primer ministro Koizumi, al tiempo que por esta vía se pretende recuperar el crecimiento económico y superar la crisis recesiva que ha tenido postrada a la economía japonesa por tantos años.

Aunque parezca contradictorio, han sido los factores internos, más que los externos, los que han dificultado y retardado la inserción de Japón en la era de los TLC. Sin duda el comportamiento predominante endogámico de los grandes corporativos nacionales y multinacionales japoneses, los *keiretsu*, reclusos en sus terrenos, con prácticas muy locales y una ancestral desconfianza respecto a la competencia abierta en los ámbitos del comercio y la inversión internacionales, ha retardado este paso. En la misma línea pero con una militancia mucho más activa están los grupos de agricultores, quienes en defensa de sus tradicionales intereses y cotos de poder hacen gala de un sobredimensionado poder político-electoral y se oponen vigorosamente a la apertura japonesa, particularmente en el rubro de los productos agrícolas. En el ámbito regional los japoneses siguen siendo objeto de temores y desconfianza, pues muchas de las atrocidades que cometieron durante la segunda Guerra Mundial están todavía muy frescas en la memoria de algunos de sus vecinos, particularmente de la región de Asia Pacífico, que ven con mucha reserva estas nuevas modalidades de la interdependencia comercial y financiera comandadas por Japón. De cualquier manera y urgido por las circunstancias económicas, el gobierno del primer ministro Koizumi ha decidido afrontar los riesgos políticos internos e incursionar dentro de esta nueva modalidad de las relaciones comerciales internacionales, aunque fiel a su estilo: lenta, escrupulosa y muy pragmáticamente.

Así, el Acuerdo de Asociación Económica Japón-Singapur de principios de 2002 constituye el primer compromiso formal de libre comercio firmado por Japón en la era contemporánea, y lo hizo de acuerdo con el librito: primero, con un país en donde la presencia japonesa es considerable; segundo, un país cuyas exportaciones no incluyen productos sensibles para los japoneses, como los agrícolas y automotores; un país pequeño, pero estratégico, que se ha significado regionalmente por su muy desarrollada industria manufacturera, informática y de telecomunicaciones, pero sobre todo porque Singapur se ha convertido en uno de los centros internacionales de servicios financieros y empresariales; de acopio y distribución de mercancías; de irradiación organizacional, científica y tecnológica más importantes de Asia, y por tanto de gran utilidad para los negocios japoneses en la región.

Por cierto que uno de los objetivos prioritarios de la política exterior japonesa es reposicionarse, no perder presencia, potencia ni influencia en la

macrorregión del Pacífico Asiático. En efecto, la hasta hace poco indiscutible hegemonía económica de Japón en dicha región empieza a ser severamente disputada por China, no sólo por las dificultades económicas que atraviesa, sino sobre todo por el rápido crecimiento económico de aquel país y su ya incontenible expansión regional. Para muestra sólo un botón: mientras China alcanzaba tasas cercanas a 19% en producción industrial a fines de 2003, Japón, al que ya se supone en proceso de recuperación, difícilmente superó 2% en el transcurso del mismo año; algo semejante se podría decir en cuanto al PIB: mientras Japón sólo lograba 1.9% de crecimiento acumulativo anual, China alcanzó 9.1%, aunque algunos analistas estiman que dicho crecimiento llegó a 11.5% anual.⁸ Y por si aún faltara un detalle, habría que recordar que ya desde fines de 2001 el comercio de China con el Este y el Sureste asiáticos supera al japonés con 45.4 vs. 39.6%.⁹ De allí que los TLC, si bien se han concebido y utilizado básicamente como instrumentos económico-comerciales, son también estrategias geopolíticas, premisa nada ajena a la disputa sino-japonesa en la región asiática del Pacífico, cuyo comercio intra-regional continúa creciendo a favor de China, lo cual torna más interesante la lucha por la hegemonía regional.

En este contexto se despliegan las estrategias regionales de ambos países; los chinos, incorporados definitivamente a la dinámica de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA), impulsan activamente la formación de una zona de libre comercio con todos los miembros de la organización regional, cuyo mercado potencial se acerca a 2 000 millones de habitantes e implica una producción total del orden de 1 billón 200 000 millones de dólares,¹⁰ para luego proponer un TLC entre China, Corea del Sur y Japón. Congruentes con tales iniciativas, los chinos suscribieron en noviembre de 2002 un acuerdo marco para las negociaciones de un TLC con la ANSEA, y continúan con las discusiones en torno a un TLC entre los tres países en el Foro de Negocios Corea del Sur, Japón y China, acordado en la cumbre de la ANSEA en el año 2001.

Por su parte los japoneses, presurosos y ansiosos por contrarrestar la influencia china y sus iniciativas de integración y cooperación regional, privilegiaban los acuerdos bilaterales, aunque también firmaron el compromiso con la ANSEA el 5 de noviembre de 2002 en la cumbre de Phnom Penh, Camboya.

⁸ Tom Holland, "Feeling Good in 2004", *Far Eastern Economic Review*, Hong-Kong, 29 de enero de 2004, vol. 167, Iss. 4, p. 36.

⁹ Véase *Asia Pacífico 2003*, El Colegio de México, p. 428.

¹⁰ Véase *México y la Cuenca del Pacífico*, *op. cit.*, p. 44.

Desde la perspectiva japonesa es vital concertar el TLC con China, para lo cual se debe actuar con prudencia. Se está consciente de las ya tradicionales exigencias chinas de la disculpa nipona pendiente por los agravios infligidos a la nación durante la segunda Guerra Mundial; se conoce de la desconfianza china en el binomio integrado por Estados Unidos y Japón y en su asociación para dominar el Asia Pacífico; está pendiente la resolución de las disputas territoriales por las islas Daioyu, y se está consciente de las exigencias chinas de una mayor claridad respecto de las relaciones entre Japón y Taiwan, etc.; son temas y tareas importantes para la diplomacia japonesa, que se esfuerza por resolverlos. Por lo pronto Japón, y más concretamente el primer ministro Koizumi, en su visita a China en enero de 2002 se encargó de enfatizar que el creciente poderío económico chino en la región no constituye una amenaza para Japón, sino todo un reto y una oportunidad para estrechar los lazos económicos, desarrollar iniciativas de inversiones, cooperación e intercambios de bienes y servicios que permitan actuar y mantenerse juntos “como compañeros sinceros y abiertos”.

Congruentes con la estrategia de los TLC, los japoneses no sólo concretaron los ya referidos acuerdos con Singapur y con la ANSEA, sino que también concertaron el muy importante Acuerdo de Protección y Promoción Recíproca de la Inversión (APPRI) con Corea del Sur en diciembre de 2002, para entrar en vigor en enero de 2003, mismo que anticipará la firma de un acuerdo pleno de libre comercio entre ambos países en un lapso de dos años. No obstante estos logros, fue un poco más difícil alcanzar los acuerdos con Corea. Si bien se trata de dos países vecinos que comparten históricamente el mismo modelo de desarrollo, son aliados estratégicos de Estados Unidos y miembros de la OCDE, existen materias que es muy difícil negociar, como las exportaciones agropecuarias coreanas y la propia naturaleza de un TLC con Japón, el antiguo imperio colonialista cuya presencia todavía resiente la nación coreana.

Hasta aquí es muy claro que pese a las reservas y aun a la resistencia a negociar con los japoneses de sus contrapartes asiáticas, el mayor obstáculo para la firma de acuerdos de libre comercio lo constituyen algunos grupos internos de poder, como los agricultores (muy particularmente los arroceros) y ganaderos japoneses que se niegan a competir libremente con base en sus propios recursos y capacidades productivas, sin recurrir al tradicional proteccionismo del gobierno. Pero también es muy claro que la decisión del gobierno japonés de sumarse a la tendencia mundial de los TLC es irreversible, de allí que la posibilidad de la firma de un TLC con México en el transcurso de 2003 fuera considerada un hecho de gran trascendencia, tanto por el gobierno como

por la comunidad de negocios japonesa, no sólo por tratarse de un acuerdo con una suerte de “campeón mundial de los TLC”, pues para entonces había firmado 12 acuerdos, con 33 países de América, Europa y Asia, y acreditaba una gran experiencia negociadora, sino sobre todo porque un acuerdo con México podría servir como marco de referencia para la concreción de otros acuerdos (con Corea del Sur, Tailandia, Taiwan, China), particularmente por el volumen significativo de productos agropecuarios que debería aceptar Japón desde México; de allí su gran valor referencial. A propósito cabe recordar que por razones de índole geoclimática la producción agrícola mexicana es más complementaria que competitiva para la agricultura japonesa.

Desde la perspectiva japonesa el TLC con México no sólo allanaría caminos para el logro de acuerdos similares con otras naciones; también le permitiría relanzar la industria automotriz y electrónica a otros países del continente americano, además de crear una atmósfera favorable para intentar otros acuerdos: “Con un TLC con México estaremos en condiciones de iguales con Europa y Estados Unidos [...] es una muy buena oportunidad para expandir la inversión en México de las compañías japonesas”, ha dicho Masayoshi Honma, un profesor de la Universidad de Tokio que se especializa en comercio exterior. Efectivamente, la no firma de un TLC con México pondría a los exportadores y a las trasnacionales japoneses en serias desventajas respecto a Estados Unidos y Europa, toda vez que el NAFTA y los acuerdos de México con Europa han eliminado la gran mayoría de las barreras al comercio entre dichas entidades, mientras que las empresas japonesas deben seguir pagando un arancel de 16%, demasiado oneroso para garantizar su competitividad. De allí que Carlos Ghosh, presidente ejecutivo de Nissan, uno de los mayores fabricantes y exportadores de autos en México, tenga grandes expectativas frente a la posibilidad de concertar un acuerdo de libre comercio entre Japón y México: “Nissan es el mayor fabricante de automóviles en México. Tenemos la mayor participación de mercado y un tratado de libre comercio sería recibido por Nissan con mucho apoyo [...]. Definitivamente sería una muy buena noticia para nosotros”, ha declarado a la prensa;¹¹ en el mismo sentido se han pronunciado Nehara Naoyoshi y Mikio Sasaki, este último presidente de la trasnacional Mitsubishi —a quien el gobierno mexicano impuso la conde-

¹¹ George Nishiyama, “Cerdo, jugo naranja estancan TLC de Japón y México”, *Yahoo! Noticias*, Tokio, jueves 16 de octubre de 2003, p. 2; y Todo Zauu, “Japón y México, cerca de un acuerdo de libre comercio. ¿Se convertirá en una tendencia?”, *The Wall Street Journal*, reproducido en *Reforma*, noviembre de 2003.

coración del Águila Azteca—, muy interesados en invertir en los rubros del acero y el hierro y muy particularmente en el sector energético mexicano.

El punto culminante de las negociaciones entre Japón y México ocurrió en el marco de la visita oficial del presidente Vicente Fox a Japón entre el 13 y el 18 de octubre de 2003, de paso a la Cumbre de la APEC, en Bangkok, Tailandia, y aunque esta vez no se concretó la firma del referido acuerdo, pese a las intenciones, presiones y urgencias de las partes, quedaron claramente expresadas tanto las decisiones y ofertas como la trascendencia que ambos gobiernos le otorgaron a las negociaciones:

México es un destino seguro para el comercio y la inversión japonesa. Los invito a que nos consideren como sus aliados, tanto a los empresarios mexicanos como a nuestro país y a que exploren las enormes oportunidades que ofrecemos en inversión para manufactura; en inversión asociada de empresas locales; y en inversión en infraestructura que se encuentra abierta a inversión privada en carreteras, puertos, aeropuertos y en todo el rubro del agua, energía y en vivienda, y en otros importantes rubros de inversiones.¹²

dijo el presidente mexicano ante la poderosa Nipón Keidanren, la Confederación de Empresarios privados de Japón y de su presidente Hiroshi Okuda que, además, es el presidente del Consejo de Toyota, el día 15 de octubre de 2003 en Tokio. El primer ministro Koizumi dijo al respecto: “Esta visita del presidente Fox a Japón ha añadido una nueva página a las crecientes y fraternales relaciones entre Japón y México”, y refiriéndose concretamente a las negociaciones añadió:

el acuerdo de asociación económica entre México y Japón llevaba algunos puntos muy difíciles de resolver; sin embargo, ambas partes hicieron sus máximos esfuerzos y, a nivel ministerial, discutieron hasta las cinco de la madrugada de hoy [...] y gracias a ese esfuerzo estamos llegando casi, casi, a un acuerdo que, puede decir, ya está en un 90% de ser un acuerdo en sustancia. Nos queda poquito.¹³

El fracaso de la firma del TLC entre Japón y México, pese a los esfuerzos y aun la flexibilidad de los equipos negociadores, tiene más de una interpretación. Desde la perspectiva mexicana dejó en evidencia el excesivo voluntarismo del

¹² *Reforma*, 15 de octubre de 2003, p. 7.

¹³ “Japan-Mexico Summit Meeting”, jueves 16 de octubre de 2003, *Monthly Finance Review*, diciembre de 2003, núm. 365, p. 5; Juan Manuel Venegas; “El tema agroalimentario reventó el acuerdo comercial México-Japón”, *La Jornada*, viernes 17 de octubre de 2003, p. 3.

equipo foxista, producto en buena medida del desconocimiento de las circunstancias políticas por las que cruzaba Japón, para el cual la firma de dicho tratado representaba un problema político interno de la mayor importancia para la continuidad del proyecto del gobierno japonés, hecho que no fue evaluado suficientemente por los negociadores mexicanos que se suponen más experimentados en dicha materia que sus contrapartes japonesas. La coyuntura política era muy clara: el 10 de octubre el primer ministro Koizumi disolvió la Cámara de Diputados, encargada precisamente de sancionar los convenios y tratados internacionales, y convocó a elecciones generales para renovarla el día 9 de noviembre, exactamente un mes después. La visita oficial del presidente Fox, cuyo objetivo central era la firma de TLC, se produjo a mediados de octubre, cuando la prioridad del gobierno japonés estaba focalizada en ganar dicha elección, considerada vital no sólo para garantizar la continuidad del gobierno de Koizumi, sino también para la viabilidad de su programa de “reformas estructurales”, meta que pasa por la necesaria cooptación del apoyo político-electoral de los sectores agropecuarios, extremadamente sensibles a la firma de un TLC con México y con cualquier otro país que amenace sus intereses y privilegios. No eran, pues, los mejores tiempos para ejercer presión sobre el espectro político nipón.

Desde la perspectiva japonesa quedaron también en evidencia las dificultades operativas del gobierno de Koizumi para asegurar el respaldo político a su proyecto nacional y, en lo particular, a su estrategia de impulsar los acuerdos de libre comercio, tanto las trabas provenientes de su propio partido como de la oposición política. En el primer caso, la conciliación de los intereses entre los sectores reformistas que apoyan incondicionalmente su gestión y los sectores conservadores o tradicionalistas que se oponen, entre los cuales destaca la fuerza de los distritos electorales rurales, todavía muy importante para el PLD y su representatividad en el parlamento; en el segundo caso, el creciente protagonismo de la oposición, comandada por el PDJ, que cada vez gana más adeptos y pone en serios riesgos el liderazgo del PLD en el parlamento japonés. En este contexto la elección de noviembre es crucial para la continuidad del gobierno de Koizumi, y conscientemente no se dará paso ni se tomará decisión alguna que lo ponga en riesgo, TLC incluido, aunque el propio primer ministro lo niegue: “No tengo intención de evitar asuntos internos delicados porque tenemos las elecciones del 9 de noviembre [...] tenemos acuerdos en la mayoría de los temas, así que no debemos dejar que las conversaciones colapsen por unas pocas diferencias”.¹⁴

¹⁴ George Nishiyama, *op. cit.*, p. 2.

De cualquier manera el curso de las negociaciones del TLC entre México y Japón parece irreversible; se firmará próximamente no sólo porque Fox y Koizumi lo comunicaron conjuntamente: “lo que concluimos fue darnos tiempo y volver a hacer un acuerdo para la logística y los tiempos de extensión de las discusiones y las negociaciones [...] nosotros hemos hecho a un lado las presiones de tiempo y lo importante es un buen acuerdo y no una fecha determinada en la cual tenerlo”,¹⁵ sino sobre todo porque esta estrategia comercial representa uno de los caminos más expeditos para recuperar el crecimiento económico, tema prioritario y fundamental para ambos gobernantes.

LAS RELACIONES ENTRE JAPÓN Y EU:
EL COSTO DE LA INCONDICIONALIDAD

No cabe duda de que 2003 puso en la mira la relación entre Japón y EU en el campo militar, motivando amplias, diversas y contradictorias movilizaciones de importantes sectores de la sociedad japonesa. La primera manifestación en este sentido fue la movilización en pro de la reducción de la todavía fuerte presencia militar de Estados Unidos en Japón, particularmente en la prefectura de Okinawa donde se concentra cerca de 60% de las tropas estadounidenses en Japón. Los cuestionamientos van desde los temas ambientales generados por las bases militares, crímenes como asesinatos y violaciones en que se han involucrado los soldados estadounidenses y cuyo manejo por parte de las autoridades de EU remite a los viejos principios de la “extraterritorialidad” que ofende a la justicia nipona, hasta cuestiones relativas a la reivindicación territorial, siempre necesaria para la alta densidad demográfica japonesa. Aquí, uno de los temas centrales es la devolución de las tierras ocupadas por el cuerpo de la Marina de EU en la estación aérea de Futenma, donde los japoneses planean construir un aeropuerto. Al respecto sería útil recordar que en 1996 Tokio y Washington acordaron que 21% de las instalaciones estadounidenses en Okinawa serían evacuadas en un lapso no mayor de 15 años. A la fecha no ha habido ningún indicio de que Estados Unidos se muestre dispuesto a cumplir tales acuerdos, y los cuestionamientos y acciones japoneses al respecto, incluyendo los de Yoriko Kawaguchi, ministra de Relaciones Exteriores, han resultado totalmente inefectivos, lo que exaspera a la población y a las autoridades locales.

¹⁵ Juan Manuel Venegas, *La Jornada*, op. cit., p. 4.

En una posición diametralmente opuesta a la disputa anterior, el gobierno japonés se mostró más que dispuesto a brindar su apoyo a Estados Unidos en un eventual ataque a Irak, posición que cobró fuerza luego de que Collin Powell, secretario de Estado estadounidense, presentara sus ya famosas “evidencias” al Consejo de Seguridad de la ONU de que Irak estaría ocultando, con siniestros propósitos, armas de destrucción masiva. Ante tales circunstancias “Japón tiene que actuar como un miembro responsable de la comunidad internacional, y al mismo tiempo como aliado de Estados Unidos”, declaró el primer ministro Koizumi ante la Cámara de Representantes a principios de febrero de 2003, implicando con ello que Japón apoyaría un ataque de Estados Unidos contra Irak, aunque “sería preferible una nueva resolución de las Naciones Unidas para aprobar acciones militares contra Irak”, añadió Koizumi, exigencia que no constituye un imperativo categórico para EU puesto que “aun sin la resolución, es necesario crear un marco de cooperación internacional”, remató el primer ministro japonés ante la prensa nacional e internacional,¹⁶ haciendo explícita la incondicionalidad japonesa ante las decisiones y acciones militares estadounidenses en la región del Medio Oriente; cabe también aclarar que la posición japonesa no es infundada ni gratuita: 90% del petróleo que Japón necesita proviene de dicha región, y por tanto cualquier disputa, conflicto, y con mayor razón una guerra, afectan gravemente la seguridad y la economía japonesas, por decir lo menos.

Por otro lado, desde el 12 de septiembre de 2001 en la mañana, cuando Junichiro Koizumi hizo público su apoyo a Estados Unidos y externó su oferta de no escatimar esfuerzo alguno para asistir y cooperar con aquel país como fuera necesario ante tamaña agresión terrorista, quedó también explícito su compromiso de involucrarse decididamente en la lucha contra el terrorismo y de actuar para erradicar ese flagelo. Este apoyo casi instantáneo e incondicional de Koizumi no sólo le redituó un amplio reconocimiento desde Washington, sino también el respaldo de más de 70% de los japoneses según encuestas, que estuvieron de acuerdo con el apoyo ofrecido por su gobierno a Estados Unidos. Con estos antecedentes Japón no puede decir “no” a la “guerra contra el terrorismo internacional” encabezada por EU en el escenario iraquí. De allí que el 20 de marzo de 2003, tan sólo un día después del ataque unilateral a Irak por parte de los estadounidenses y sus aliados ingleses y españoles, al margen del Consejo de Seguridad de la ONU y de to-

¹⁶ Véase *The Yomiuri Online*, 9 de febrero de 2003.

da normatividad internacional, el primer ministro japonés fijara su posición: “Estados Unidos es un aliado irremplazable para Japón y provee una disuasión vital que defienda la paz y seguridad de nuestra nación” y que “en un momento en el que Estados Unidos está a punto de hacer un tremendo sacrificio por la gran causa de la comunidad internacional, es el deber de Japón, como es natural, proveer tanto apoyo como sea posible”, en consecuencia Japón “apoya las acciones tomadas por Estados Unidos y sus aliados en coalición”.¹⁷

Hipotecado el tema de la soberanía sobre la seguridad nacional japonesa en las arcas de la seguridad global estadounidense desde 1947, no debe extrañar que el tratamiento de la normalización de las relaciones diplomáticas entre Japón y Corea del Norte, con sus explosivos temas de los rehenes japoneses en ese país y las incursiones del mismo en el desarrollo de energía nuclear, susceptible de usarse en armas de destrucción masiva, sea también parte de la agenda de seguridad estadounidense en la región, imponiendo sus intereses, ritmos y presiones. Así, en la histórica primera visita de un primer ministro japonés a Corea del Norte, en septiembre de 2002, en donde Koizumi, a petición expresa de Estados Unidos intentó persuadir al líder Kim Song Il de no proseguir con su programa nuclear, de apegarse a los acuerdos internacionales sobre la materia y cooperar con las inspecciones de la ONU sobre la producción de armas nucleares en ese país, el líder norcoreano rechazó categóricamente tales recomendaciones, incrementando los temores y desconfianzas ante un hipotético ataque nuclear de Norcorea, no sólo de Japón y Corea del Sur, ubicados en la primera línea de fuego, sino también de Estados Unidos, quien urgió a Japón para que actuara con mayor energía respecto a Pyongyang.

El problema se tornó crítico cuando estalló, a partir de octubre de 2002, la llamada “crisis nuclear”, momento en que Corea del Norte admitió que había desarrollado armas nucleares; luego expulsó a los inspectores nucleares de la ONU, quitó los sellos de un reactor nuclear, decidió salir del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares y puso en marcha un programa de pruebas de sus misiles. Ya no se trata de temores y desconfianzas, se está en el terreno de los hechos y hay que actuar en consecuencia. Por lo pronto, y ante “la posibilidad de que Corea del Norte haga un movimiento militar provocador, como continuar lanzando pruebas de sus misiles”, Washington redo-

¹⁷ Arturo Santa Cruz, “La política exterior japonesa de Koizumi en México y la Cuenca del Pacífico”, *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, núm. 18, enero-abril de 2003, pp. 36-40.

bla “sus fuerzas militares en línea con una solicitud hecha por el Comando Estadunidense del Pacífico”, al tiempo que propone a Tokio un “plan para incrementar su presencia militar en Japón, preparándose para una posible emergencia como resultado de las crecientes tensiones en la Península Coreana [...] El fortalecimiento incluye bombarderos F-15 y fuerza aérea de reconocimiento U-2”.¹⁸ Por su parte Japón, que se había mostrado renuente al desarrollo y despliegue de un sistema o programa de defensa de proyectiles balísticos, ahora acepta de buen grado los planes de Estados Unidos apelando a “la necesidad de mantener vigentes los controles sobre el acuerdo de seguridad Japón-Estados Unidos en la región de Asia Pacífico”, aun si este último decide atacar Irak; al tiempo que endurece su posición respecto a Corea del Norte, planea imponer sanciones si este país intentara probar una bomba atómica, impidiendo el uso de puertos japoneses para barcos norcoreanos, bloqueando el envío de dinero desde Japón por medio de instituciones financieras y presionando al Consejo de Seguridad de la ONU para que imponga sanciones económicas y emita un voto de censura. En un terreno bastante inusual para los japoneses contemporáneos, por su naturaleza estrictamente militar, se planea utilizar el mejorado sistema de misiles Patriot PAC-2 para interceptar cualquier posible misil Rodong lanzado por Corea del Norte, además de que las Fuerzas de Autodefensa estarán dispuestas a responder ante cualquier ataque directo a territorio japonés.

Todo lo anterior no quiere decir que Japón haya renunciado al arreglo pacífico de las controversias; se cree firmemente que la solución del problema con Corea del Norte se encuentra en el terreno de las negociaciones multilaterales, con seis protagonistas principales: Corea del Norte y del Sur, China, Rusia, Japón y Estados Unidos. El tiempo apremia. En cualquier caso Corea del Norte será acusado de infringir parte de la Declaración de Pyongyang entre Japón y Corea del Norte, que fue firmada en septiembre de 2002 con motivo de la visita de Koizumi y que estipula: “Corea del Norte ha expresado su intención de continuar su moratoria de pruebas de misiles después de 2003”.¹⁹

En otro orden de cosas, pero siempre en el tópico de la subordinación japonesa a las geopolíticas estadounidenses, hay que destacar que en el fragor de la lucha electoral para la renovación de la Cámara de Representantes en noviembre de 2003 cobró actualidad y pertinencia la idea de Junichiro

¹⁸ Con información de *The Japan Times*, 17 de febrero de 2003, p. 2.

¹⁹ *The Daily Yomiuri Online*, 9 de febrero de 2003.

Koizumi de modificar la Constitución japonesa de 1947, impuesta por Estados Unidos al final de la segunda Guerra Mundial para asegurar y preservar sus intereses en Japón y en la región del Este de Asia. Reconocida en su tiempo como la Constitución de la paz, particularmente por el artículo 9, por el que Japón proclama su rechazo a la guerra como fórmula para resolver los conflictos internacionales y renuncia explícitamente con ello a tener unas fuerzas armadas para la defensa de la soberanía y la seguridad nacionales, como cualquier otro país, no es reconocida hoy como un instrumento moderno y eficaz para contender con los desafíos de la globalización, sobre todo en el terreno de la seguridad y la lucha contra el terrorismo internacional. De allí que una de las razones por las que Koizumi busca la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados en las elecciones generales del domingo 9 de noviembre sea poder acometer con éxito las reformas estructurales que pretende, entre las cuales se encuentra la derogación del citado artículo 9. Para ello cuenta con el apoyo de las nuevas generaciones que no sufrieron el trauma de la guerra, bombardeo atómico incluido, y enfrenta la férrea oposición de los más ancianos que sí lo sufrieron y que no quieren oír hablar de ejércitos, reclutamientos, guerras, bombardeos, reconstrucciones, etc., y se oponen drásticamente a cualquier modificación de la Carta Magna, en especial del artículo 9.

El 17 de octubre de 2003 Bush visitó oficialmente Japón, que fue su primera parada en una gira por seis países de Asia y Australia rumbo a la cumbre de APEC en Bangkok, Tailandia. Al término de la reunión cena a puerta cerrada que tuvieron ambos mandatarios, el presidente “Bush agradeció a Koizumi por el apoyo de Japón en la reconstrucción de Irak (el 15 de octubre Japón había concedido una ayuda inicial de 1 500 millones de dólares para la reconstrucción de Irak durante el 2004) y por su apoyo para asegurar el paso de una resolución presentada por Estados Unidos en las Naciones Unidas sobre el futuro de esta nación desgarrada por la guerra”, para luego reconocer ante la prensa que el primer ministro Koizumi “es un buen amigo. Un líder muy fuerte. Y la relación entre Japón y Estados Unidos es muy buena”.²⁰ Otras versiones agregan que “George W. Bush ha dicho abiertamente a ‘su amigo’ Koizumi que ha llegado el momento de que Tokio no sólo participe con dinero en la defensa común de los intereses de Occidente, sino también de forma práctica con tropas de apoyo”,²¹ petición, o mejor dicho presión del gobierno de Estados Unidos, que contraviene abiertamente la norma

²⁰ *Look Japan*, diciembre de 2003, vol. 14, núm. 165, contraportada, Tokio, Japón.

²¹ *Reforma*, viernes 7 de noviembre de 2003, p. 31A.

constitucional japonesa al respecto. De allí que los pacifistas genuinos, que no son pocos en Japón, la oposición política y los críticos de la gestión del gobierno, tanto de dentro del PLD como de afuera, interpreten que la intención de Koizumi de reformar el artículo 9 no es otra cosa que un nuevo sometimiento de Japón a los designios de Estados Unidos, al igual que ocurrió hace un poco más de medio siglo, en 1947; nada más que aquello fue para imponer el desarme y lo de hoy es para el rearmar el país.

Como era de esperarse, la reforma constitucional, y más coyunturalmente la controversial decisión del envío de Fuerzas de Autodefensa Japonesa (FAJ) a Irak “como parte del Plan básico del gobierno japonés a la reconstrucción positiva de ese país”, para lo cual las presiones de EU son manifiestas, provocaron enconadas reacciones en la sociedad japonesa y caldearon los ánimos de los partidos y parlamentarios de gobierno y oposición, de cara a las elecciones generales del 9 de noviembre.

Aunque la Dieta no tiene poder para revocar una decisión de Koizumi y su gabinete respecto al envío de las FAJ, los esfuerzos y cuidados del gobierno para convencer y luego atenuar la trascendencia de tal medida son manifiestos: por ejemplo, se explica que “las fuerzas terrestres de Japón [sólo] contribuirían a la ayuda humanitaria, incluyendo servicios médicos, suministros de agua y reparación de facilidades públicas, como escuelas y hospitales”; se informa sobre “la variedad de armas que portarían los soldados para su defensa como pistolas, rifles automáticos, ametralladoras y plataformas portátiles de lanzamiento de misiles”, enfatizando que se trata de un armamento muy distante del que ha sido utilizado por las fuerzas de invasión y ocupación de Irak; el propio Koizumi ha expresado a los líderes de su partido, a integrantes de la coalición de gobierno, y por su intermedio a la sociedad japonesa en general, que “había decidido enviar tropas para asegurar que Japón hiciera una contribución positiva a la reconstrucción de Irak”, así como que él “asumiría la responsabilidad de las posibles pérdidas de soldados japoneses”;²² al fin y al cabo que “muchos países están contribuyendo a la reconstrucción de Irak”, pues Japón “es el país número 38 que se une a la “coalición de buena voluntad” que apoya a Estados Unidos en su esfuerzo por reconstruir” ese país; que “la misión de las FAJ ayudará al pueblo iraquí a mejorar sus vidas y servirá a los intereses de Japón por su contribución a la estabilidad en Medio Oriente, fuente de 90% del suministro de petróleo que

²² *The Japan Times Online*, en CIDOJ, Boletín informativo, Centro de Estudios de Asia y África, El Colegio de México, núm. 370, p. 2, diciembre de 2003.

Japón necesita, así como a fortalecer los vínculos con Estados Unidos”,²³ añaden otras tantas fuentes gubernamentales.

De cualquier modo, los anteriores testimonios y muchos otros reflejan de manera inequívoca las dificultades políticas a que se ha enfrentado el gobierno con este controversial tema, y muestran que ha demorado su decisión final, pues no se trata sólo del envío de la primera misión más fuertemente armada que han llevado a cabo en el extranjero las FAJ en toda su historia, contraviniendo claramente los preceptos constitucionales que sólo las habilitan para actuar en el interior del país; se trata de un país en lucha en donde cada día mueren soldados y funcionarios extranjeros a manos de la resistencia iraquí; se trata de una guerra espúrea cuyos orígenes nunca pudieron demostrarse; se trata también de una elección crucial para el gobierno, en donde el electorado japonés opuesto al envío de las FAJ es considerable. Y por si faltara un ingrediente para este explosivo y espinoso coctel, el reporte del asesinato a tiros de dos diplomáticos japoneses, Oku Katsuhiko, de 45 años, e Inowe Mosamori, de 30 años, al parecer blancos de la resistencia iraquí en la región de Tikrit en el norte de Irak, en la zona conocida como el “triángulo sumita”, simpatizante de Saddam Hussein, el 27 de noviembre, vino a reavivar la polémica sobre el envío de Fuerzas de Autodefensa a Irak.

Finalmente, en los albores del nuevo año 2004 el primer ministro Junichiro Koizumi dio su aprobación final para el envío de las FAJ a Irak, después de haber convencido al nuevo Komeito, su principal aliado en la coalición de gobierno, quien había mostrado reticencias. Por supuesto que la oposición política lamentó la decisión del gobierno: Naoto Kan, líder del PDJ, dijo: “no podemos aprobar el despacho de las FAJ pues es anticonstitucional”; por su parte Shii Kazuo, presidente del Comité Ejecutivo del Partido Comunista, enfatizó: “Este envío de tropas hace que Japón participe en una guerra de agresión y en una ocupación militar sin causa de parte de Estados Unidos y sus aliados”. Por su lado Mataichi Seiji, secretario general del Partido Social Demócrata “criticó a la coalición en el poder por haber obtenido la aprobación de las cámaras de representantes sin dar una razón clara a la opinión pública”.²⁴ No obstante, Ishiba Shigeru, jefe de la Agencia de Defensa del Japón, consecuente con la decisión de Koizumi ordenó el desplazamiento de unos 520 soldados de tierra hacia Samawah, ciudad del sur de Irak, mismos que podrían aumentar a 700 en el lapso de dos meses, un poquito menos que

²³ *Ibid.*, CIDOJ, núm. 374, p. 2, febrero de 2004.

²⁴ Shimoyachi Nao y Yoshida Reiji, *The Japan Times Online*, 27 de enero de 2004.

los exigidos por Washington, quien según fuentes fidedignas, esperaba ver “dos mil botas japonesas en terreno iraquí”.

UN VOTO DE CONFIANZA... PERO NO TANTA

Ya mencionamos que dos muy importantes escrutinios ante las facciones políticas del PLD, ante el espectro político del sistema partidista japonés, y ante la opinión pública nacional aguardaban al primer ministro Junichiro Koizumi en el transcurso del año 2003. En cierto modo se podría decir que se trató de un año electoral importante para la más alta magistratura política de la nación y de unas aduanas más que exigentes para evaluar la viabilidad de su proyecto político, particularmente en el campo económico y en el ámbito de las relaciones internacionales. Nos referimos principalmente a la elección de presidente del PLD, llevada a cabo el 20 de septiembre, y a las elecciones generales del 9 de noviembre para renovar la totalidad de los 480 miembros de la Cámara de Representantes. Alrededor de estos acontecimientos centrales ocurrieron otros subordinados que de alguna manera conmocionaron y dinamizaron el escenario político japonés, particularmente desde fines del cálido y húmedo verano nipón hasta el cierre de 2003.

Si bien la elección del 20 de septiembre para la renovación del liderazgo del PLD no representó un problema mayor para Junichiro Koizumi, pues obtuvo una cómoda victoria sobre Takao Fujii, ex ministro de transportes, Shizuka Kamei, ex presidente del Consejo de investigación política del PLD, y Masahiko Komura, ex ministro de Asuntos Exteriores, los tres tildados de tradicionalistas y antirreformistas, las preocupaciones para el primer ministro tienen que ver con el volumen del apoyo: mientras en su primera elección de abril de 2001 obtuvo un aplastante 87%, en esta última sólo llegó a 60%, que si bien nos habla de un natural desgaste por el ejercicio del poder, también nos informa de un cierto desencanto por la lentitud e ineficacia de sus reformas, pero sobre todo nos advierte de la creciente persistencia de una oposición en el interior del PLD, representada por la “vieja guardia” que se opone a los cambios, que está enojada y confrontada con Koizumi pero todavía es incapaz de asegurar su relevo. Al respecto, un incidente menor previo a las elecciones generales ilustra cabalmente este estado de cosas: el ex primer ministro Yasuhiro Nakasone, una de las “vacas sagradas” del PLD, se vio obligado a abandonar su casi eterna silla en la Dieta y a renunciar a la posibilidad de una nueva reelección en noviembre, después que Koizumi le dijera que el PLD no lo apoyaría

como candidato del partido debido a su avanzada edad. Despechado y ofendido, Nakasone, de 85 años de edad, dio un respingo y tuvo que marcharse a su casa, no sin antes calificar al primer ministro como “un mal educado”.

De cualquier manera, inmediatamente después de su reelección como presidente del PLD, un animado Koizumi renovó su determinación de seguir adelante con su programa de reformas estructurales y declaró: “Avanzaré firmemente las reformas estructurales a las cuales he estado dedicado desde que asumí las oficinas del primer ministro y del presidente del partido, y continuaré trabajando en la revitalización de nuestra economía”.²⁵ Congruente con estos planteamientos en la instalación de su nuevo gabinete el 22 de septiembre, que marcaba la inauguración de su segunda administración, Koizumi no sólo reiteró su mensaje de que está decidido a continuar con las reformas económicas, sino que conservó a Heizo Takenaka como ministro para la política económica y fiscal y para los servicios financieros; es un joven economista de 52 años que ha impulsado vigorosamente su ya reconocido “Plan Takenaka”, destinado a limpiar, sanear y modernizar el sistema bancario y de finanzas japonés con base en reglas claras y firmes. Un hombre clave para resolver el tema central de la política económica de Koizumi, que tiene atascada a la segunda economía más grande del mundo. También ha ratificado a Yoriko Kawaguchi en la cartera de Relaciones Exteriores y ha conservado a Yasuo Fukuda como secretario en jefe del Gabinete, aparte de que ha sorprendido a muchos con el nombramiento de Abe Shinzo como secretario general del PLDC. Es evidente que todas estas decisiones están destinadas a reforzar el liderazgo de Koizumi y acallar las críticas provenientes del interior del PLD y de la oposición política.

Aunque no sorprendió del todo, sí preocupó por su posible impacto electoral el nacimiento de un nuevo PDJ, resultado de su fusión con el Partido Liberal (PL), oficializada el 5 de octubre ante aproximadamente 2 000 personas que asistieron a la Convención constitutiva del nuevo órgano político en un hotel de Tokio. Todos los presentes coinciden en que la meta principal de la nueva agrupación política es “lograr un cambio del gobierno”, después de lo cual tanto algunos miembros actuales de la Dieta como varios candidatos a serlo en las próximas elecciones de noviembre firmaron el “Manifiesto del PDJ”, y se comprometieron a difundirlo y defenderlo en la próxima contienda electoral. En su discurso de apertura Naoto Kan, el nuevo presidente del PDJ elogió los esfuerzos realizados por Yukio Hatoyama, el anterior presi-

²⁵ Liberal Democratic Party of Japan, *Monthly News for October*, 2003.

dente del partido, para lograr la fusión, asimismo reconoció que “esta fusión no ha sido materia fácil para el PL pero sus políticos han reconocido que para cambiar el sistema político, un cambio del gobierno es más importante que cualquier cosa, así que todos acordamos participar en esta fusión. Deseo trabajar junto con ellos y con los nuevos candidatos para lograr el cambio del gobierno”. Por su parte Ichiro Ozawa, el presidente saliente del PL, se dirigió a dicha Convención para enfatizar su

compromiso absoluto para trabajar en pro de un cambio de gobierno, usando cualquier medio disponible. Hemos alcanzado una etapa en nuestro viaje hacia la renovación de Japón. Rescataremos Japón del desastre y emprenderemos una gran empresa política. La elección general próxima nos presenta la opción entre el gobierno del primer ministro Koizumi, que ha arruinado la forma de vida de los japoneses, y el PDJ, que promete restaurar esa misma forma de vida.²⁶

No obstante el entusiasmo que acompañó la proclamación del nuevo PDJ como un partido que unifica la oposición al gobierno, nace de un evidente pecado original: la falta de homogeneidad ideológica. En efecto, constituido en buena medida por cuadros disidentes del PLD, del Partido Socialista japonés (PSJ), burócratas, dirigentes populares, importantes líderes sindicales como es el caso de Kiyoshi Sasamori de RENGO, la Confederación Sindical más importante de Japón que agrupa a unos 8 millones de trabajadores, quien asistió al acto inaugural y dirigió un discurso de bienvenida al nuevo partido, etc., reúnen todo un espectro organizacional, ideológico y de intereses que de momento divide al partido en asuntos tan importantes como las reformas a la Constitución, ciertos temas relativos a la seguridad nacional, el envío de las FAJ a Irak y la naturaleza de las relaciones con Estados Unidos, el debate sobre el sistema público de pensiones, los alcances de algunas reformas educativas etc., que constituyen todo un desafío para el nuevo PDJ, y muy especialmente para Naoto Kan, su presidente, quien ha prometido aplicar su máximo esfuerzo para hacer de su organización política un partido de oposición responsable, con una agenda política sólida, con un manifiesto convocante y con capacidad para construir un liderazgo nacional que eventualmente podría acceder al poder en un plazo no muy lejano. Como en la mayoría de las proyecciones políticas, el tiempo y los acontecimientos lo dirán.

Es indiscutible que el acto político más concurrido del año fue la elección general del 9 de noviembre de 2003. Unos 103 millones de electores se

²⁶ *The Democratic Party of Japan Website*, p. 1. 17 de octubre de 2003.

movilizaron para elegir, de entre más de 1 159 candidatos, las 480 curules que conforman la Cámara Baja. Como se ha dicho, la campaña electoral fue fragorosa y muy disputada ente el PLD y el PDJ, comandados por Junichiro Koizumi y Naoto Kan, respectivamente. En el centro del debate y las discusiones estuvieron, qué duda cabe, los temas económicos y asistenciales, así como el más controvertido del momento: el envío de las FAJ a Irak y todas sus implicaciones.

El lunes 10 de noviembre, temprano en la mañana, ya todo estaba muy claro en cuanto a resultados: el PLD ganó 237 asientos y el PDJ 177; muy distante de ellos Komeito obtuvo 34, pero muchísimo más atrás, sufriendo severos retrocesos, se ubicaron el Partido Comunista (PCJ) con 9 asientos, el Social Demócrata (PSD) con sólo 6 y el Nuevo Partido Conservador (NPC) con escasos 4 representantes. Ahora bien, si nos circunscribimos a los números actuales y a la representación anterior de las dos principales fuerzas políticas tenemos que el PLD bajó de 247 a 237 y el PDJ subió de 137 a 177; es decir, el partido de Koizumi perdió 10 asientos y ya no pudo conservar la mayoría simple que mantenía antes de la elección; por el contrario, el PDJ de Naoto Kan logró un aumento considerable de 40 asientos para llegar a los 177 ya señalados, representación nunca antes obtenida por un partido de oposición en la historia política del Japón de la posguerra. Sólo en 1968 el PSJ había logrado el récord de 166 asientos. Hubo, pues, un perdedor neto, y éste fue el PLD. Sin embargo los reacomodos poselectorales muy propios del sistema japonés, en donde por ejemplo algunos partidos minoritarios se pliegan o fusionan al partido mayoritario, atenuaron el desencanto y la preocupación de Koizumi y asociados: el mismo día 10 de noviembre dejó de existir el NPC y sus 4 diputados se plegaron al PLD; así, sumados a los 34 de Komeito, le dieron a la coalición de gobierno PLD-Komeito un total de 275 asientos frente a los 192 que logró totalizar la oposición, con lo que retuvieron todavía una cómoda mayoría en la Cámara Baja. Los titulares de prensa de aquellos días adelantan con nitidez las primeras conclusiones y acciones de la elección general: “La coalición mantiene una estable mayoría. Koizumi permanece en el poder”, “el PDJ avanza, el PLD fracasa para ganar la mayoría absoluta”, “Las elecciones minan el mandato de la coalición gobernante”, “Los votantes eligieron sacar el gobierno hasta la próxima elección”, “El gabinete pospone el envío de las fuerzas de autodefensa a Irak”,²⁷ expresaron algunos de los encabezados.

²⁷ *The Japan Times* y *Daily Yomiuri*, 15 de noviembre de 2003.

Más allá de la contundencia de los números y de las primeras impresiones, muchos analistas coincidieron en que esta elección pasará a la historia al menos por tres rasgos principales: primero, por marcar la tendencia, al parecer ya irreversible, hacia el bipartidismo en el sistema político japonés. Los resultados son contundentes: el escenario político es disputado y dominado por el PLD y el PDJ; los partidos Social Demócrata y Comunista, otrora poderosos, están hoy reducidos a la mínima expresión y Komeito se sostiene porque es apoyado por el PLD como fuerza suplementaria. Por lo demás un buen número de japoneses le dan ya la bienvenida al bipartidismo porque activa los debates y anima la política; segundo, por el estilo de las campañas, esta vez organizadas en torno de manifiestos o planteamientos de partido, más que sustentadas en personalidades o líderes políticos. Así, sobre la base de una democracia parlamentaria los electores evaluaron los proyectos que cada partido presentó en ofertas programáticas concretas y debates políticos al respecto y luego decidieron su preferencia, actitud que bien podría contribuir a recuperar la confianza en los partidos políticos perdida desde hace ya buen tiempo; y tercero, por la proyección de sus resultados hacia un hipotético cambio de poder en el mediano plazo, toda vez que la diferencia entre el PLD y el PDJ es ahora de alrededor de 13%, distancia no tan difícil de remontar en próximas elecciones. De allí que ambos partidos ya estén listos para concentrarse en la elección de la Cámara Alta programada probablemente para el próximo mes de julio de 2004, en donde, de confirmarse la tendencia ganadora del PDJ, no sólo se estaría frente a la consolidación de la práctica del bipartidismo, sino ante un eventual cambio de gobierno.

En el interior del gobierno la situación es, por decir lo menos, contradictoria y preocupante; por un lado Koizumi y el PLD perdieron la elección, pero por el otro la coalición de gobierno retiene todavía una cómoda mayoría que le otorga al primer ministro Junichiro Koizumi una buena capacidad de maniobra para continuar con su política de reformas, aunque deberá enfrentar una oposición cada vez más fuerte que lo pone en riesgos, como quedó manifiesto en la tensa, y para algunos caótica, sesión especial de la Dieta el 19 de noviembre, la primera después de la elección general, en donde los puntos centrales del debate entre Koizumi y Naoto Kan fueron: el de por sí controversial tema del envío de las FAJ a Irak en el frente diplomático externo, y en el frente doméstico la economía, particularmente el tema de las reformas estructurales, el problema de las pensiones públicas y los subsidios. En el terreno de la autocrítica, para Koizumi está claro que el pobre desempeño electoral del PLD es producto de la insatisfacción de los electores por la len-

titud de su programa de reformas, por la resistencia a dicho programa por parte de la gerontocracia alérgica al cambio de su propio partido, por el desgaste político natural después de más de tres años en el poder y, por qué no admitirlo, por el deseo de una respetable porción del electorado de un cambio de gobierno; reconoce también que las reformas económicas y sociales plenas sólo serán posibles cuando existan las bases y los acuerdos políticos para lograrlo, cosa cada vez más difícil si nos remitimos a las circunstancias pos-electorales ya expuestas.

Ante tal estado de cosas muchos se preguntan si acaso está llegando a su límite el proyecto Koizumi, si habrá agotado su viabilidad tanto en el interior como en el exterior del PLD, que no está preparado para contender con tales cambios a no ser que esté dispuesto a desaparecer, tal y como lo advirtió el propio Koizumi. Cualquiera que sea el caso, me parece que las reservas de poder y la capacidad de maniobra del primer ministro son todavía grandes: hasta este momento no hay mejor líder que Koizumi dentro del PLD, ni otro político a quien buena parte de los ciudadanos crea todavía capaz de llevar a cabo reformas eficaces, por eso le dan una suerte de última oportunidad al renovar la confianza electoral, aunque en forma limitada. Será pues el propio Koizumi, mediante sus realizaciones, quien se encargue de revertir aquel fatídico vaticinio contenido en el titular de prensa ya citado: “Los votantes eligieron sacar el gobierno... hasta la próxima elección”.

UNA LUZ AL FINAL DEL LARGO TÚNEL

Después de tocar fondo a mediados de 2002, la economía japonesa parece haber iniciado una lenta pero gradual recuperación que se ha sostenido hasta fines de 2003. Una serie de indicadores económico financieros así lo atestiguan: por ejemplo, según el Banco Mundial el crecimiento económico de Japón llegará a 1.9% a fines de 2003, casi el doble del 1% alcanzado a principios de ese mismo año, y el más alto de los últimos tres años desde el 1.3% alcanzado en el trimestre de octubre a diciembre de 2000;²⁸ el número de bancarrotas ha caído 14.2% respecto al año anterior, lo que es indicativo de que los bancos ya están haciendo su tan largamente esperado trabajo; por ejemplo, el Banco de Tokio-Mitsubishi, uno de los más importantes de Japón, ha disminuido su cartera de deudas incobrables de 9 a 4%, y después de 11 años de

²⁸ *The Japan Times*, 17 de octubre de 2003.

pérdidas, por fin empieza a obtener ganancias;²⁹ la Bolsa de Tokio creció 24% en 2003 y el índice Nikkei ha levantado su promedio 44% respecto al principio de año, lo cual quiere decir que los inversionistas extranjeros están adquiriendo acciones japonesas. Complementariamente el Ministerio de Finanzas de Japón informa que el superávit de la balanza comercial alcanzó en 2003 la suma de 10 000 millones de yenes, que rebasó la cifra de 1999 y fue la más alta de los últimos años debido principalmente a la expansión de las exportaciones de maquinaria y equipo electrónico a China y a otras naciones asiáticas.

En el campo económico-social, la tasa de desempleo bajó en 2003 de 5.4 a 5.2%, después de haber crecido ininterrumpidamente durante 13 años de 2.1 a 5.4% entre 1990 y 2003;³⁰ cabe advertir que si bien no es una disminución porcentualmente importante y no se traduce por sí misma en una mejora económica automática, se empieza a revertir una tendencia de mucho impacto social. En el mismo sentido, al término del primer semestre de 2003 los informes del gobierno japonés reportaron un aumento en la tasa de consumo entre la población, lo que resulta alentador toda vez que se rompe uno de los “círculos viciosos” que tienen estancada la economía japonesa: la falta de demanda frente al exceso de capacidad productiva; la gente no gasta hoy porque cree que mañana ese producto estará más barato; si no gasta se reduce la demanda, cae la producción, se abaten los salarios y se consume menos. Tan simple como eso. De allí que éste sea el tiempo para comprar más en Japón. Los productores japoneses no pueden invertir en nuevas industrias indefinidamente a menos que alguien compre sus productos. Los consumidores, que representan 55% de la demanda, ya empiezan a cumplir con su parte de la tarea.

Ahora bien ¿qué hace pensar que la actual recuperación, que hemos reseñado más arriba con unos cuantos indicadores, sea más duradera que las de 1993, 1995 y 1999, actos fallidos y engañosos que hicieron perder dinero a mucha gente y sembraron la incertidumbre y la desconfianza? Desde luego que hay más de una explicación. Empezaremos con la más general: las reformas estructurales de Koizumi sí están funcionando, no con la celeridad e integralidad requeridas, pero son suficientes para crear unas condiciones básicas que por primera vez en más de una década están impulsando a Japón para

²⁹ Henry Sender, “A Rude Awakening”, *Far Eastern Economic Review*, 13 de noviembre de 2003, vol. 166, Iss. 45, p. 52.

³⁰ J. Daniel Toledo B., *op. cit.*, p. 189.

salir de la crisis, y que allanan el camino al menos en cinco direcciones: primero, la estabilización de los precios de los bienes raíces (no olvidemos que allí fue donde explotó la burbuja especulativa), los cuales después de una abrupta caída de más de 86% iniciaron una lenta pero segura recuperación a precios mucho más normales que los previos al estallamiento de la crisis, cuando un metro cuadrado de tierra en Ginza, un barrio exclusivo de Tokio, llegó al increíble precio de 330 000 dólares;³¹ segundo, el problema de los préstamos incobrables, principal desestabilizador del sistema financiero japonés, empieza a resolverse por la vía de la reestructuración y el saneamiento de las deudas, que sólo en el último año disminuyeron 17%; tercero, la modernización y el fortalecimiento de las empresas mediante la reestructuración corporativa, el mejoramiento de su capacidad tecnológica y de *marketing*, y el incremento de la competitividad; cuarto, la reestructuración del sistema japonés de relaciones industriales, particularmente en la progresiva sustitución del sistema de empleo de por vida y el sistema de determinación de salarios por antigüedad; quinto, como consecuencia de todo lo anterior, la contracción de la deflación, principalmente por la vía de la reducción de la capacidad de producción de las empresas, etc., que conforman todo un conjunto de medidas estratégicas que garantizan, mucho mejor que antes, la recuperación gradual y sostenida que vive hoy la economía japonesa, que ya le permite también recuperar su capacidad de establecer récords, como el del PIB de Japón, que creció en el trimestre de octubre a diciembre de 2003 a una tasa de 7%, el más alto en los últimos 13 años, debido principalmente a la inversión de las empresas en plantas y equipos, así como al incremento del consumo de la gente, lo cual ha sido interpretado por el gobierno como un signo de que la economía nacional se está recuperando firmemente: “Ha sido mejor de lo esperado y tomaremos medidas para que la tendencia continúe”, dijo Koizumi.³²

Otra explicación tiene que ver con la continuidad y la estabilidad del gobierno del primer ministro Junichiro Koizumi, quien no sólo ha establecido un nuevo récord de permanencia en el cargo, sino ha garantizado la continuidad en la aplicación de algunas políticas que requieren un plazo más largo para su ejecución. Ha resultado todo un reto el intentar cambiar ciertas modalidades de funcionamiento del sistema económico-social del país y eso

³¹ Sebastian Moffett y Phred Dvorak, “La crisis japonesa parece que al fin empieza a ceder”, *The Wall Street Journal*, reproducido en *Reforma*, noviembre de 2003.

³² *Mairichi Shimibun Online*, 18 de febrero de 2004.

toma tiempo, y en la tradición japonesa mucho más. El propio primer ministro lo mencionó en uno de sus discursos políticos: “Por fin, las semillas de la reforma están floreciendo. Debemos seguir adelante mientras tengamos fe en el potencial de este país”. En definitiva, la continuidad y la fortaleza del liderazgo de Koizumi han sido importantes tanto en el interior como en el exterior de su partido, particularmente frente a la ASEAN y Estados Unidos, quienes desean contar con un liderazgo firme y un Japón fuerte en la región del Asia Pacífico y en el mundo. Hasta ahora ha sabido contender con tales desafíos.

La última explicación que intentaremos aquí se relaciona con lo que Japón es actualmente, con crisis y todo: ni más ni menos que la segunda potencia económica e industrial del mundo, e indiscutiblemente la primera de la región, con una economía cuatro veces más grande que la de China, su cada vez más cercano competidor. Es todavía prematuro avizorar en el corto o mediano plazos el relevo de Japón como líder en la región de Asia Pacífico. Sus reservas y fortalezas son todavía muy superiores a sus debilidades que, en todo caso, serán transitorias y se podrán resolver. Japón tiene las condiciones materiales y la experiencia necesarias para recuperar y sostener el crecimiento, entre ellas el tamaño de su economía, su alta tecnología, mano de obra calificada, superávit de activos materiales y humanos que son enormes, una sociedad estable, un sistema político que busca sus equilibrios operacionales, y dos aliados importantes y muy interesados en su recuperación: la ASEAN y Estados Unidos. Consecuentemente se avizoran algunas luces al final del largo túnel de la recesión; en estas condiciones la recuperación vendrá más temprano que tarde.

APÉNDICE

<i>Nombre oficial</i>	Japón
<i>Capital</i>	Tokio
<i>Extensión territorial (miles de km²)</i>	378
<i>Población 2002 (millones)</i>	127
<i>Religión(es)</i>	Mayoría sintoísta. Existe una minoría budista, protestante y católica
<i>Idioma(s)</i>	Japonés
<i>Moneda¹</i>	Yen/Y
<i>Gobierno</i>	Monarquía constitucional con una democracia representativa
<i>Emperador</i>	Akihito
<i>Principales organizaciones políticas</i>	Partido Demócrata de Japón, Partido Comunista de Japón Komeito, Partido Demócrata Liberal, Partido Liberal, Nuevo Partido Conservador, Partido Social Demócrata
<i>Miembros clave del gobierno:²</i>	
<i>Primer ministro</i>	Junichiro Koizumi
<i>Ministros clave:</i>	
<i>Finanzas</i>	Tanigaki, Sadakazu
<i>Relaciones Exteriores</i>	Kawaguchi, Yoriko
<i>Economía, Comercio e Industria</i>	Nakagawa, Shoichi
<i>Gobernador del Banco Central</i>	Fukui, Toshihiko

¹ Para tipo de cambio véase el anexo estadístico.

² La última revisión de estos datos se llevó a cabo en noviembre de 2003.

Fuente: diversas.